

manujan); las de socialización primaria en relación con las clases y las de aculturación. Es de notar que el número de temas practicables es menor en la división diacrónica que en la sincrónica.

La actual concentración temática es mayor —según Luckmann— en el estudio de los papeles sociales, los sistemas motivacional y cognitivo y los repertorios lingüísticos, y en las funciones subjetivas del lenguaje y en la socialización referida a la clase el socializante, pero también la hay en “ecología”, estilos lingüísticos y parentesco, lenguaje, subcultura y estratificación, lenguaje y culturas marginales (como lo ilustra Barker) en los papeles sociales, los sistemas motivacional y cognitivo y el repertorio lingüístico en general y —en menor grado— todo lo anterior puesto en relación con el parentesco y la religión, y la socialización primaria en general.

La apertura hacia el futuro parece clara en relación con las funciones sociales del lenguaje, los estilos y repertorios lingüísticos, las subculturas y los dominios institucionales en todos sus apartados (pero, en el caso de los respectivos estudios diacrónicos, sólo en su aspecto general); los papeles sociales, los sistemas motivacional y cognitivo y el repertorio lingüístico en su aspecto general de bilingüismo; las funciones subjetivas del lenguaje, la socialización primaria en general y en relación con el parentesco (como en los estudios de Diebold y Bosard), la socialización ocupacional (sin representante) y la socialización y la interacción lingüística o etnografía del habla.

El trabajo de Luckmann se completa con una bibliografía extensa que hace aún más valioso este intento de balance y de reorientación de las investigaciones sociolingüísticas para los próximos años.

Oscar Uribe-Villegas

Idzelis, Rolandas F., Natan, Lidia, Poltoratsky, A. I., Smyr'ova, Nonna: *The Principles and Methods of Linguostylistics. A course of lectures.* Edited by Olga Akhmanova, M.G.U., 1970. pp. 93

Olga Ajmánova une a su condición de destacada investigadora de las realidades lingüísticas, el mérito no menor de su magisterio. Bajo su guía, no sólo se han formado otros lingüistas sino que algunos de ellos ya producen y publican sus resultados gracias a la orientación y al empeño de editora de esta ameritada maestra.

En el caso de Idzelis, Natan, Poltoratsky y Smyr'ova, los primeros pasos son cautelosos —como se debe— pero la aportación ya es importante, en cuanto franquea la entrada a un territorio apenas desbrozado; el de la linguoestilística o estilística del habla. Desbrozado apenas porque si bien en literatura se mencionan, desde hace ya mucho tiempo, los “estilos”, desde hace mucho tiempo —también— casi no se recurre sino a vagas impresiones para definirlos, y no se realiza esfuerzo alguno para someterlos a categorización rigurosa y presentación objetiva.

La labor de estos jóvenes lingüistas, realizada bajo la guía de Ajmánova, consiste —precisamente— en mostrar las vías de penetración a la estilística del habla; pero, su empeño va más allá de la simple introducción pues llegan hasta el punto en el que los problemas estilísticos no son ya de primero sino de orden superior al primero, puesto que explora lo que es el estilo en la comunicación interlingüística, intercultural. Es ése un terreno escabroso, pero lleno de interés en cuanto en él se usan segundas y terceras lenguas, se traduce de una lengua a otra y se emplean las interlenguas.

Los autores intentan una inicial conceptualización y aún una definición de

“estilo lingüístico”. Para lograrla, hacen referencia al género próximo y a la diferencia específica. El género próximo es el “estilo”, en general; la diferencia específica depende del hecho de que ese estilo es el de la lengua, y la lengua es un medio de comunicación humana.

Para que haya estilo, en general —dicen los discípulos de Ajmánova— se requiere que haya objetos esencialmente idénticos que difieran entre sí por rasgos secundarios (más o menos superficiales y que no afecten las propiedades básicas de los objetos). Y si hay estilo lingüístico, ello se debe a que la lengua existe en el habla; gracias a que hablar no es una mera reproducción de un solo y mismo conjunto de unidades.

En esto —encuentran estos jóvenes lingüistas— es en lo que difieren el lenguaje natural y los códigos. En efecto, independientemente de la utilidad que tienen todos los códigos (con inclusión de los criptográficos) es sólo en el lenguaje en el que se da la interacción constante entre la lengua y el habla, entre el código y el mensaje: una interacción que es la única capaz de producir los estilos lingüísticos, y la única susceptible de posibilitar su aprehensión.

La estadística lingüística y la teoría de la información no han enseñado a reconocer la estabilidad de las distribuciones lingüísticas y la existencia de una redundancia que nos permite calcular las expectativas matemáticas de aparición de cada unidad lingüística y —en consecuencia— descifrar mensajes. La linguoestilística nos revela —por su lado— que “en la actividad lingüística real hay siempre algo nuevo e inesperado; algo que ha sido creado específicamente para las necesidades de un determinado contexto situacional”. Se trata de que hay, frente al elemento aleatorio, un elemento electivo, voluntario que —en conexión con el otro— nos revela que en el lenguaje (como en otras manifestaciones

culturales y sociales) ni todo es determinación ni todo es contingencia o libertad, pues hay una posibilidad y una probabilidad de realización —estrecha unas veces, amplia otras— de que se realice una decisión humana, manifiesta en el habla o en cualquier otra forma de comportamiento.

Los lingüistas soviéticos son cautos desde el principio, en cuanto señalan que el lenguaje “tiene como función primaria la de transmitir información” y que si se usa para otros fines, “eso es adicional y subordinado”. Con ello, emiten un *caveat*, en contra de quienes se empeñan en utilizar el lenguaje en meros malabarismos lúdicos, pues si bien éstos (así ellos no lo digan) pueden tener una función psicológica, catártica, no son socialmente tan estimables como aquellos esfuerzos que buscan auténticamente la comunicación. Por otro lado, debe comprenderse que ese ludismo verbal compete por disponibilidades de tiempo, dinero y energía humanas generalmente escasas en una sociedad que —siempre— trata de satisfacer, primero, necesidades más apremiantes.

Conforme a las anotaciones de estos lingüistas, el estilo está constituido por unos “sobretonos expresivos-evaluativo-emocionales, superpuestos al contenido semiótico principal” (p.9)

Pero, por otra parte, la linguoestilística no depende sólo —como podría pensarse— del estudio de ciertos patrones entonacionales sino que “corta de través todas las disciplinas lingüísticas”, pues tiene que ver con lo fonológico, con lo morfológico, con lo lexicológico, con lo sintáctico.

De acuerdo con las prescripciones de su maestra, para poder hablar de linguoestilística, los lingüistas soviéticos hacen referencias concretas, que unas veces ilustran una presentación didáctica pero que, en otras, son material sobre el que se ejercita el análisis investigador, por lo que creemos modestia indebida

de su parte, reducir esas referencias a la categoría de simples “ejemplificaciones”.

Es así cómo, al través de un pasaje de Mikes, muestran que todo el chiste de éste se debe a que está lleno de sobretonos estilísticos, hasta tal grado que parece que la semántica misma se desequilibra con esa sobrecarga.

Pero, la lingüoestilística deja los umbrales en cuanto comienza a hacer distinciones; en cuanto señala que, de los fenómenos lingüoestilísticos (ya de por sí adicionales a una realidad sustantiva): unos, son *inherentes*; los otros, son *adherentes* pues mientras unos están íntimamente ligados a la unidad lingüística, los otros se le unen sólo por “evocación”.

En referencia concreta a un poema, señalan que ciertas palabras (*holy*, por ejemplo) son elevadas por las realidades a las que se refieren y no por ellas mismas, mientras que otras (*beauteous* frente a *beautiful*) lo son en sí y no sólo por la realidad que mientan pues en tanto *beautiful* puede usarse en lenguaje poético y en términos ordinarios, *beauteous* no se puede emplear en la conversación ordinaria. “*Num, holy adoration*—dicen— por elevados que sean sus referentes, son medios únicos de mencionar los objetos respectivos, independientemente de su carácter estilístico o de sus contextos situacionales” (p.16). El problema complementario que nos parece que hay que plantear es el de las palabras que se refieren a bajas realidades, a las que hay que aludir en contextos elevados y que imponen la necesidad de introducir eufemismos o dan la posibilidad de emplear un fuerte contraste que sacará de quicio al lector o que, en todo caso, impedirá su aletargamiento.

Para poder situar el problema, los autores hacen referencia a las categorías esenciales del acontecimiento del habla, y reconocen que los elementos fundamentales de éste son: el objeto-referente, la denominación, el sentido o significa-

ción, la denotación y la connotación. Y —en el ejemplo— afirman que en *beauteous* es la denominación lo que es específico pues, si bien significa lo mismo que *beautiful*, difieren las connotaciones particulares de una y otra.

De este modo, resulta que para la lingüoestilística, las categorías de máxima importancia son la denotación y la connotación. Lo son porque si la denotación permite que una palabra, por definición y uso, nombre cierto objeto, no hay palabra que al nombrar un objeto lo denote simplemente, puesto que también trasmite unos sobretonos expresivo-emocional-evaluativos, referente al mismo; o sea, algo que lo connota simultáneamente. Esto no significa que todas las palabras tengan connotaciones positivas o negativas puesto que algunas de ellas son neutras y tienen connotación cero. Esto es de interés porque los “ceros contrastantes” son muy importantes en materia lingüística.

Las anteriores pueden parecer disquisiciones bizantinas o puramente académicas pero no lo son en cuanto desembocan pronto en terrenos que frecuentan el lingüista y el sociólogo pues la existencia de los estilos lingüísticos y su diversidad permite plantear el entendimiento o falta de entendimiento humano como un problema lingüoestilístico. Si dos interlocutores no se entienden o —lo que es peor— si se malentienden es, en muchas ocasiones, porque uno de ellos o ambos son incompetentes (unas veces en sentido activo y otras de modo pasivo, diríamos) para usar o captar ciertos estilos lingüísticos.

Dentro de un mismo idioma, la capacidad o incapacidad para entender, que resulta de la correlativa capacidad para usar o para captar un estilo se revela —particularmente— en relación con la poesía. La poesía —dicen estos autores— “consiste en entender y disfrutar, y depende sólo de si el lector o el auditor puede captar el sutil interjuego de

significaciones y denotaciones en el concreto acto denominativo" (pp. 21-2).

La comprensión, aquí, se logra por grados. Hay en todo poema, una primera dimensión (o "nivel" según preferiríamos) para llegar al cual no se necesita poseer sino el código ordinario del idioma; pero, en un auténtico poema existe generalmente —por lo menos— un segundo nivel, al que no se llega sino mediante un segundo código que permite descifrar el mensaje más profundo. Se trata de la vieja distinción que hacía Jesús respecto de sus parábolas entre "quienes oyéndolas no entienden o creyendo entender no entienden y quienes las oyen y las entienden".

Y, para poseer ese segundo código, es necesario detenerse en las connotaciones inherentes y —más aún— en las adherentes de las palabras. O sea, que para lograr esa accessis, se necesita tener una clave: la cultura, la vivencia del autor y, más aún, la posesión de la cultura (o de las culturas) en las que el autor se mueve. Es esto lo que justifica —por ejemplo— el que, en relación con culturas milenarias (como la china) se haya dicho que para poder entender lo que se decía en sus libros se necesitaban años de estudio. La dificultad no la producía tanto la escritura china en sí (aunque también haya contribuido a ello) ni la lengua pura y simple, sino la lengua en relación con la cultura: la producía el habla —diríamos— y, más aún, los sedimentos culturales del habla, empleada durante milenios por la clase letrada, mandarinesca. Colateralmente, habría que recoger sociolingüísticamente el hecho de que esa dificultad de penetración —parcial, pero sólo parcialmente dialectal en su origen y en buena parte también estilística— ha sido la que se ha manejado en India para inducir el atraso entre ciertas castas, por la vida lingüística.

Es por esto por lo que nos parece que este libro sobre linguoestilística, aparente-

mente ubicable sólo dentro de la lingüística, tiene que ser reivindicado como aportación —así sólo sea inicial— que puede y debe enriquecer a la investigación sociolingüística.

Los estructuralistas de diferentes matices tal vez se muestren satisfechos cuando lean que estos lingüistas reconocen que ciertos problemas estilísticos del lenguaje tienen que resolverse mediante el estudio de las estructuras; que "la segunda línea del Soneto 66 de Shakespeare... Se resuelve si se reconoce que el entendimiento del soneto se basa en la estructura paralela de las once líneas consecutivas" (p. 26) pero, probablemente no se sientan tan satisfechos si observan que estos lingüistas soviéticos son, de momento, estructuralistas, pero que lo son sólo de momento; que si reconocen en el análisis estructural una técnica útil no caen en la grosera tentación de hipostasiar las estructuras y desalojar de ellas definitivamente, al hombre.

La mención del esquema del Maestro Jakobson acerca de las funciones del habla permite que los autores exploren, en términos estilísticos, las conexiones poéticas (de mensaje), emotivas (del locutor), connotativas (del receptor), fáticas (de contacto), referenciales (de contexto) y metalingüales (de código). Como menos obvias, merecen mención las referencias fáticas, que a menudo se desestiman en el análisis de un acto de hablar, y que suelen tener enorme importancia en cuanto, si bien las palabras empleadas para saludar y gran parte de la conversación diaria tienen poco sentido en sí, son ellas las que permiten introducir la conversación, las que crean el ambiente apropiado (o, si se usa un estilo impertinente, uno inadecuado) para ella. Por el rumbo de las funciones poéticas, conviene recoger las categorías que Crystal y Quirk aportan para su estudio: las calidades vocales y las calificaciones de la voz (a las que tendrá

que atender, por ejemplo, Hilda di Giacomo de Basulto, investigadora argentina que, ahora, en México, se propone estudiar el "lenguaje de la publicidad")

Aquí, tanto como ya lo habíamos reconocido en México en pláticas con esa investigadora argentina, las categorías faltan: se puede recurrir —y ella ha recurrido ya— a ciertos términos decriptivos ("siglismo" o uso de siglas, es uno que recordamos), pero las categorías faltan. Falta —como dicen estos jóvenes soviéticos— una metalingüística que nos permita hablar de los fenómenos estilísticos del habla.

La noción de lenguaje implica la de constricción: la de norma. La noción de estilo lleva implícita la de variación electiva. De ahí que sea importante definir la norma lingüística y sus variaciones. Una y otras pueden ser descubiertas mediante análisis estadístico: mediante la determinación de unos valores medios y las desviaciones de cada caso respecto de ellos; pero, esa determinación estadística no es fácil porque el lenguaje es un sistema de diversos elementos, que se sitúan en varios niveles e interactúan unos con otros. De otro lado, si bien los parámetros para la determinación del estilo son —más o menos, siempre— los mismos, conforme el estilo es más peculiar, su combinación es también más compleja: menos probable.

La linguoestilística es posible porque, dentro de la destrucción de unidades del lenguaje, cada corpus lingüístico tiene una distribución de unidades que le es propia.

Una vez establecida la norma, mediante la conjuntación de los valores medios, las desviaciones individuales son algo que queda por establecer e interpretar. Pero, si bien el recuento es problema estadístico, hay un problema propiamente lingüístico que lo antecede, y que consiste en la determinación de los parámetros pertinentes. "Antes de contar, hay que

saber qué se quiere contar, y con qué propósito".

Los parámetros del estilo se pueden buscar por dos vías: por la objetiva o por la subjetiva —dicen estos autores— y se refieren, así, a lo propiamente lingüístico y a lo sicolingüístico. Pero, aún hay una tercera vía a la que ellos no aluden en el capítulo respectivo, aunque sí la exploren en los siguientes, que es la intersubjetiva: la sociolingüística. En efecto, el estilo se manifiesta en los objetos lingüísticos que usa y en cómo los usa, así como en la resonancia que logran tener en el destinatario del mensaje; pero también se revela en la actitud que asume el productor lingüístico frente a su posible receptor o consumidor (que no tiene por qué confundirse necesariamente con quien analiza el estilo).

Por encima de esos parámetros que otros han establecido sin mucho ánimo sistemático, Lydia Natan ha separado, como parámetros pertinentes: 1) la tasa de palabras ordinarias frente a las elevadas o subnormales, 2) las frases gramaticalmente correctas frente a las elípticas o descuidadas; 3) la proporción de afirmaciones abstractas y generales frente a las afirmaciones fácticas o sobre acontecimientos concretos; 4) la de las palabras emocionales frente a las fáctico-referenciales, 5) la de los "idiotismos" (*sobstvenno idiomny*) o frases idiomáticas frente a las unidades fraseológicas casuales; 6) la del uso de las diversas modalidades de ver la acción, dentro del total de unidades empleadas.

Los antecedentes, en el caso, se remontan —en Rusia— a la figura descollante de Lomónosov, quien distinguió entre lo neutral, lo elevado y lo bajo, y ha permitido que sus jóvenes compatriotas lleguen a distinguir dicotómicamente entre: palabras que no se asocian con una situación particular de habla y palabras que sí se asocian con una particular y, entre éstas: las que se asocian

con situaciones raras frente a las que se asocian con situaciones frecuentes.

Un problema distinto del estadístico es el que se plantea en términos de variación y aceptabilidad. Aquí no se trata ya de norma (en el sentido de pauta-promedio) y de desviación (extrema o media) respecto de ese promedio sino de evaluación social. Aquí interviene —aunque no lo digan nuestros jóvenes colegas soviéticos— una noción de coerción, de vigilancia y señorío (para no decir “control”) y de normación social (en el sentido regulador) de uso del idioma.

Aquí, la primera imposición social es la que da por supuesto que si el idioma se usa es —siempre— para transmitir cierta información. El uso del idioma con propósito puramente lúdico o catártico es permisible, pero no deseable socialmente. Se trata de ese uso extremo que, en términos sociales, es inaceptable. Así, la poesía moderna es aceptable, pero sólo hasta el punto en que realmente intenta decir algo así se reconozca torpe para expresarlo o reconozca la tosquedad del lenguaje ordinario para decirlo; no tiene sentido social alguno si —independientemente de que lo logre o no— no lo intenta al menos o si no lo logra en grado suficiente como para evitar —y sobre el autor gravita el peso de la prueba— el delito de ser una pura farsa, inútil y que —adicionalmente— quiere hacerse pasar por útil.

Aún así, por el otro extremo, no debe desestimarse el hecho de que como “el lenguaje natural humano no es un sistema racional bien definido y cerrado sino un sistema *sui-generis* que se realiza a través del habla que —a su vez— es forma compleja de comportamiento”, bien puede ocurrir que “las combinaciones más desusadas y —a primera vista— incomprensibles se encuentren, súbitamente, que son trasmisoras de mensajes nuevos y complejos”.

Socialmente, sin embargo, hay que

afirmar que los “triángulos sonrientes ebrios de sol” u otras combinaciones semejantes, carecen de valor, en tanto “los mensajes nuevos y complejos que contengan” no se lleguen a explicitar (o no se llegue a tratar de hacerlos explícitos en lenguaje cotidiano, accesible). El valor de la hermenéusis es, en este sentido, básico.

Los lingüistas soviéticos listan algunos de los códigos empleados en la escritura cuando reconocen ciertos generos de composición literaria (como la descripción, la narración, el comentario, el monólogo interior, el diálogo); cuando se refieren a los diferentes estilos escritos (1, al que se basa en el habla, 2 a la prosa de despliegue y 3 a la Johnsoniano-latínizada) así como cuando reconocen la existencia de tres tipos principales de estructura de frase (la laxa, la equilibrada y la periódica) que se correlacionan todos, entre sí, de modo estrecho, y que covarían también con las situaciones sociales o con los propósitos también sociales para los que se emplean (amonestación, mandato, ruego... etc.)

En último término, los autores exploran una temática apasionante, pero casi inédita, que coloca el problema del estilo en términos interculturales. Su punto de partida es la necesidad de distinguir entre el “conocimiento vernáculo” y el “conocimiento extranjero de un idioma” y de tomar como punto de referencia la idea de norma (ya sea considerándola como pauta-promedio o ya como regla de corrección) pues —como dicen los autores— se tiene que partir del supuesto de que hay personas capaces de distinguir entre las selecciones y combinaciones idiomáticamente correctas y las incorrectas.

El problema que se plantean los autores no es el de la incompetencia del usuario para emplear un idioma (sea el suyo o no); es —en cambio— el de quien, siendo competente, sufre o no la interferencia de otro sistema lingüístico.

En este sentido, cabe anotar que los discípulos de Ajmánova se han detenido en la interferencia del idioma propio en el ajeno, pero que no debe desestimarse el de la interferencia de un segundo o tercer idioma en el idioma propio pues quizás, por este camino, se descubriera que hay quien habla o escribe en inglés o francés aunque su vocabulario (y su lengua vernácula) sea el español, y que eso da peculiaridades —deseables o indeseables— a su estilo.

No hay que agregar que la aplicación de las investigaciones de Ajmánova y sus discípulos es potencialmente mayor: que ellos mismos podrían estudiar útilmente la interferencia que las otras lenguas de la Unión Soviética tienen en el empleo del ruso por quienes no son sus hablantes nativos; que, en España, se podrían estudiar las interferencias del vasco o del catalán en el uso que sus hablantes hacen del castellano (por una vía, que según recordamos, empezó a recorrer Ana María Echaide), y que en México, sería posible explorar la forma en que las lenguas indígenas influyen en el estilo en que usan la lengua oficial, muy particularmente, algunos excelentes escritores nuestros (incluso académicos) que tuvieron como lengua vernácula una lengua indígena.

Las observaciones de Sweet sobre el lenguaje del extranjero (gramaticalmente correcto, pero carente de frases idiomáticas debido a una "falacia aritmética") y sobre la insipidez de esa "lengua de extranjeros" que ignora que la mayor parte de las frases de la lengua NO pueden construirse a priori, son sólo las observaciones iniciales.

Cuando se trata de un idioma de amplio uso internacional (como el inglés) la dificultad para el extranjero comienza con la necesidad de elegir uno de sus dialectos y no los otros; uno de sus "acentos" y no los otros. Pero, aún así, se trata de que si se usa un idioma se

deben emplear siempre unidades y combinaciones genuinas de ese idioma.

La dificultad básica está en que no existen categorías que permitan determinar cuál es la razón por la que, por ejemplo, una frase en inglés, producida por un hablante no inglés suena como no-inglesa a pesar de la preparación de ese hablante en dicho idioma.

Olga Ajmánova y sus discípulos han comenzado a realizar ciertos experimentos sobre la redacción de un texto por quienes no son hablantes vernáculos de un idioma, su corrección por hablantes nativos y el análisis comparativo de unos resultados con otros, realizado por lingüistas. La nota final, ante los resultados, es un tanto desalentada —aunque no desalentadora—, y no debiera serlo pues mientras no se acumule un gran volumen de resultados experimentales, no se podrán descubrir las categorías aplicables en estos estudios.

Si todo el libro de Rolandas, Natan, Poltoratsky y Smir'ova es valioso, su capítulo final lo es tanto de por sí como por el nuevo ámbito que abre a la experimentación y al análisis. En cuanto encabalgado sobre dos o más lenguas y culturas, lleva, además —desde el principio— la marca de esta hora, en la que no podemos ignorarnos unos a los otros, aunque hablemos diferentes lenguas, pertenezcamos a diferentes culturas, vivamos dentro de diferentes sistemas económicos y políticos. Ajmánova y sus discípulos soviéticos, al estudiar tan seriamente las posibilidades y limitaciones del inglés como lengua internacional, dan un ejemplo a quienes se empeñan en mantener una división del mundo que hace más fácil —para unos y para otros— llegar a los confines del sistema solar que comunicarse y tratar con su vecino del otro lado de la Tierra.

Oscar Uribe-Villegas